

cuando consideró que los dogmas de San Agustín eran el fundamento más sólido de la revelación. Los que se quejan del rigor del Padre latino no advierten que se vió obligado á ello en su lucha con los pelagianos para salvar el cristianismo; en separándose, por poco que sea, de tan saludable rigor, se llega fatalmente, dice *Jansenio*, "á destruir la verdadera gracia, á matar la verdadera piedad, á negar el pecado original, á rechazar á Jesucristo mismo; y despues sobre los restos del cristianismo se levanta el trono diabólico de la soberbia humana," (1). Entre los teólogos modernos á quienes *Jansenio* en sus cartas íntimas llama *vocíngleros*, los jesuitas eran los que más se separaban de la teología de San Agustín y más se acercaban á los errores de Pelagio. *Jansenio* les hizo una guerra á muerte en la famosa obra en que desarrolla los principios de su maestro predilecto.

Se conoce que al combatir tan encarnizadamente á Pelagio, no se dirige *Jansenio* á un muerto, sino á los enemigos vivos y omnipotentes del doctor de la gracia. Despues de haber refutado el pelagianismo y asentado la verdadera doctrina de Agustín, compara las opiniones de los jesuitas con las de los pelagianos, y las encuentra completamente conformes con la escuela de Marsella, que había tratado de armonizar el pelagianismo con la ortodoxia: "¿Qué es lo que subleva á nuestros doctores modernos contra la teología de San Agustín? El dogma de la predestinación; pues bien: los semipelagianos decían, como dicen los jesuitas, que este dogma es cruel, que destruye la libertad humana, que conduce á la desesperación y á la inercia. Los jesuitas, como los teólogos de Marsella, sostienen que la predestinación da por resultado lógico la blasfemia de que Dios no ha querido salvar á todos los hombres, que Cristo no ha muerto por todos, que, en definitiva, Dios es el autor del pecado, y que ha creado á los hombres para hacerles perecer. Los jesuitas y los semipelagianos atacan la gracia que, según San Agustín, se da al uno y se niega al otro; pretenden que destruye la libertad en aquel á quien se da lo mismo que en aquel á quien se niega. Unos y otros atacan á San Agus-

*gia que esos vocíngleros de la escuela que conocéis. SI TUVIESE QUE RECTIFICARSE SEGUN EL ESTILO ANTIGUO, QUE ES EL DE LA VERDAD, LA TEOLOGÍA DE ESTOS TIEMPOS NO TENDRÍA EN GRAN PARTE APARIENCIA ALGUNA DE TEOLOGÍA.*

(1) JANSENIUS, *Augustinus, Proemium*; — SAINTE-BEUVE, *Port-Royal*, t. II, p. 109; t. I, p. 306.

tin porque desprecia y rebaja la naturaleza humana, atribuyéndolo todo á la gracia y nada al hombre, de donde se deduce, según ellos, que todo es fatalismo.," Esta es la crítica que los semipelagianos y los jesuitas hacen del doctor de la gracia. En cuanto á las opiniones que oponen á la doctrina de San Agustín, son también comunes á ambas escuelas: "Dicen que Dios quiere salvar á todos los hombres, y para alcanzar la salvación de todos, inventan una gracia suficiente, que prodigan generosamente á todo el mundo, hasta á los paganos.," *Jansenio* acusa á los jesuitas de ir más allá todavía que los semipelagianos; éstos se contentaban con reclamar para el hombre el principio de la fe y de la perseverancia, al paso que los jesuitas reclaman para el hombre todas las virtudes, y dicen que su salvación depende de él. Por último, las consecuencias morales del pelagianismo y del jesuitismo son idénticas; la relajación, la devoción fácil; hasta las restricciones mentales de los jesuitas están tomadas de los pelagianos, sus maestros (1).

Tal es la acusación fulminante que lanzó *Jansenio* contra la Compañía de Jesús. Deduce que la doctrina de los jesuitas es totalmente contraria á la de Agustín: "Diríase que se han impuesto la tarea de destruir por completo la santa teología que el doctor de la gracia había opuesto á los errores de Pelagio, en términos que el Padre de la Iglesia, si resucitara, no reconocería en sus escritos un vestigio de su doctrina celestial; la encontraría destruida en sus principios fundamentales y en sus menores detalles, en sus venas y en sus arterias," (2). "La oposición es tal, exclama *Jansenio*, la teología moderna difiere tanto de la de Agustín, que es preciso, ó que San Agustín se haya equivocado en mil sentidos cuanto es posible equivocarse en tan grave materia, ó bien que los teólogos modernos se hayan separado positivamente de los umbrales de la teología, pero en tales términos, que parece que no comprenden la fe cristiana," (3). Hé aquí palabras graves que confirman plenamente lo que hemos dicho: los jesuitas enseñan un nuevo cristianismo que no tiene de común más que el nombre con el cristianismo de San Agustín. En vano se defienden de esta acusación; para aparecer rela-

(1) JANSENIUS, *Augustinus*, t. III, p. 1076 y sig.; t. I, p. 381.

(2) JANSENIUS, *Augustinus*, t. III, p. 1075.

(3) JANSENIUS, *Augustinus, Proem.* (traducción de SAINTE-BEUVE, *Port-Royal*, t. II, p. 126).

cionados con la antigua ortodoxia, tienen que valerse de astucias y de subterfugios, atribuyendo al Padre latino opiniones que éste combate. Esta desviación de la doctrina ortodoxa se hace palpable cuando se compara la concepción de la vida que se deduce de su dogma con la que se deduce de la creencia de San Agustín. Los jesuitas confiesan que su moral no es la de los Padres de la Iglesia. ¿Por qué esta diferencia? ¿No será porque su fe no es ya la misma? Agustín procede de la gracia y llega lógicamente á humillar al hombre ante Dios: de aquí el ascetismo de la Edad Media. Los jesuitas parten del libre arbitrio y acaban por ensalzar la naturaleza humana: de aquí su moral humana y mundana en sus excesos. En cuanto á los jansenistas, vuelven á la doctrina rigurosa de la gracia y de la predestinación, y como consecuencia necesaria practican el rudo ascetismo de los solitarios cristianos. ¿No es esto una prueba bien evidente de que la moral depende del dogma y de que si vemos modificarse en el seno de la Iglesia la concepción de la vida, debemos deducir que las ideas religiosas han sufrido una transformación análoga?

Aun cuando no tuviéramos otro testimonio de la ortodoxia de los jansenistas que su sistema moral, diríamos resueltamente que son los verdaderos discípulos de San Agustín, y remontando más alto, que son los verdaderos discípulos de San Pablo y de Jesucristo, porque han profesado y practicado el espiritualismo evangélico con todos sus excesos. Pero podemos también deducir la consecuencia de que los que rechazan el ascetismo cristiano rechazan la herencia de Cristo. Escuchemos á los jansenistas. No ha habido en el siglo XVII alma más profundamente cristiana que Du Verger de Hauranne, abad de Saint-Cyran. Oigámosle: "¿Qué es la tierra, según la Sagrada Escritura, más que un desierto, una prisión, un hospital, una imagen del infierno? ¡Ay del que la cobre afición y no se esfuerza á tiempo por morir para todas las cosas de la vida presente!," "El mundo, para hablar según las Escrituras, es una reunión de enfermos, ó de miserables, ó de cisgos, ó de pestíferos, ó de muertos, ó de todas estas cosas juntas, cuya sola vista, respiración ó contacto mata á las almas más inocentes," (1). Si los hombres son esto,

¿qué dirémos de los que se llaman los bienes de la tierra? "No son más que estiércol, responde Saint-Cyran. Porque si el diablo es espíritu inmundo, se debe creer que todo cuanto toca lo mancha y hace sucio é inmundo.," Ocorre preguntar por qué consiente Dios este imperio de Satanás. Hé aquí la respuesta de Saint-Cyran: "Ese monstruo compuesto de vida y de muerte, que reside en el alma mundana, ó, por mejor decir, no es más que esa misma alma mundana, es tan horrible á los ojos de Dios que no lo mira más que con ojos de cólera para destruirlo; y si suspende por algún tiempo su perdición, no es más que para perderlo con más rigor, si no se enmienda. Por esto, como se dice en las Escrituras, como el mundo no es más que una sociedad innumerable de esas almas monstruosas, no conoce á Dios, y dicen también las mismas Escrituras que Dios no conoce este mundo," (1).

¿Qué debe hacer el cristiano en presencia del mal, que está como encarnado en el mundo? "Lo odia, dice Saint-Cyran, como al infierno, puesto que los demonios habitan en él y no han de ser arrojados de él hasta el día del juicio final. Jesucristo mismo ha demostrado con su ejemplo que el mundo, en cierto modo, no ha sido hecho más que para separarse de él, para odiarlo y para destruirlo, al menos en sí, en los sentidos, en la razón y en su corazón. Porque aunque Dios haya hecho el mundo antes del pecado, ha tenido en cuenta, sin embargo, al hacerlo, las consecuencias del pecado que había de cometerse. Lo cual me basta para decir con verdad que no lo ha hecho más que á fin de que sirva al hombre de motivo de virtud huyendo de él, odiándole y destruyéndolo en cuanto le sea posible," (2).

Esta concepción del mundo conduce lógicamente al monaquismo. El abad de Saint-Cyran habla de la vida monástica con el mismo entusiasmo que San Bernardo. Á veces compara el mundo con una casa invadida por la peste: "¿No se debe procurar abandonarla prontamente para pasar á otra en que se respira un aire purísimo? ¿Y no es el mundo más contagioso para las almas que una casa apestada para el cuerpo?," Otras veces compara el mundo con el fuego que amenaza nuestra vida; es-

(1) SAINT-CYRAN, *Cartas cristianas y espirituales*, t. II, p. 230.

(2) SAINT-CYRAN, *Cartas cristianas y espirituales*, t. III, página 117; t. I, p. 493.

(1) SAINT-CYRAN, *Cartas cristianas y espirituales*, t. I, p. 474, tomo II, p. 235; t. IV, p. 444.



cribe á una novicia: "Al sacaros del mundo no creo hacer ménos que si os sacára de enmedio del fuego, cuyo humo y chispas hubieran prendido ya en los cabellos de vuestra cabeza y en vuestras ropas..." "Es ciertamente una felicidad y un paraíso encontrar una casa para pasar en ella su vida como en un puerto, léjos de las tempestades y de los torbellinos de fuego que envuelven á los más poderosos y á los más sabios en el mundo..." (1). "Es muy cierto, segun el Evangelio, que el monasterio es un santuario, y este santuario un cielo, y las personas que habitan en él ángeles, si tienen fe... Los monasterios que están fuera del mundo son como un cielo que se levanta por encima del mundo..." (2).

No se contenta con el monasterio; fiel á las tradiciones cristianas, no ve en la vida cenobítica más que un principio de perfeccion; aspira la soledad absoluta. Busca sus razones en las profundidades de la teología católica: "Todo hombre, por bueno que sea, tiene siempre en sí mismo una fuente y como un mundo de corrupciones, segun la Escritura. Todo lo infecto que hay en el aspecto de las criaturas procede de la abundancia de la impureza encerrada en cada uno de nosotros. Somos, unos respecto de otros, ese mundo corrompido, cuyo comercio es con tanta frecuencia contagioso..." "Hasta un cartujo me ha dicho que si no vivieran separados unos de otros, de poco les serviría la separacion del mundo en que viven..." (3).

¿Cuál deberá ser la única ocupacion del solitario cristiano? Es inútil decirlo para los que conocen un poco el cristianismo. Saint-Cyran dice "que si fuese jóven, no abrazaría ninguna profesion, que solamente Dios sería el objeto de sus meditaciones y de sus ejercicios, ya en una celda, ya en un desierto..." "No pensar más que en sí y en Dios..." hé aquí el objeto ideal de la existencia del cristiano (4). Debe separarse de todo: "Cuanto más se separa de la tierra y de las cosas que nos rodean y ocupan más nuestro corazon, más se eleva á Dios por amor y sale de sí mismo para entrar en él, en donde el alma se ensancha á medida que se estrecha y se

(1) SAINT-CYRAN, *Cartas cristianas y espirituales*, t. II, páginas 225, 229, 230.

(2) SAINT-CYRAN, *Cartas cristianas y espirituales*, t. II, página 284.

(3) SAINT-CYRAN, *Cartas cristianas y espirituales*, t. II, página 136; t. I, p. 31.

(4) SAINT-CYRAN, *Cartas cristianas y espirituales*, t. I, páginas 270, 442.

cierra á las cosas de la tierra... Para conseguir este resultado es preciso ejercitarse especialmente en las cosas que nos son más allegadas, que más afectan á nuestra carne y á nuestra sangre; es preciso pedir á Dios que se separe nuestra alma del afecto de un marido, de un padre, de las personas á quienes amamos..." (2).

Los discípulos de Saint-Cyran sobrepusieron á su maestro; reprobaron las afecciones más naturales como un crimen, porque eran un obstáculo para la salvacion. Pascal declara que el matrimonio es un homicidio y casi un deicidio (2). Con mayor razon se deben evitar todos los cargos civiles y todos los honores del mundo; los solitarios de Port-Royal decían que todo aquello era muy poca cosa para un cristiano, el cual debía tener en el cielo su corazon y su tesoro (3). Ni siquiera perdonan á la ciencia aquellos rígidos discípulos de San Pablo; equiparaban casi el deseo de saber con la concupiscencia de la carne: ¿qué digo? la creían todavía peor, porque su apariencia era más inocente: "De aquí, dice *Jansenio*, nace esa inquieta investigacion de los secretos de la naturaleza que no nos atañen, que es inútil conocer y que no quieren saber los hombres más que por saberlos: San Agustin fué combatido por esta especie de tentaciones, así como nuestro mismo rey..." (4). El jansenismo curó á Pascual de *aquella vana curiosidad*, matando, como es sabido, una de las más bellas inteligencias que Dios ha creado. Las ciencias morales son hijas del orgullo, lo mismo que las ciencias físicas, y nos conducen directamente á la herejía: *Jansenio* repite la frase de los Padres de la Iglesia, de que todos los errores de los teólogos provienen de la filosofía (5). ¿Qué diremos de las bellas artes, y principalmente del teatro? "La comedia, responde

(1) SAINT-CYRAN, *Cartas espirituales y cristianas*, t. III, página 358. Saint-Cyran insiste muchas veces en la necesidad de desligarse de los vínculos de familia. No se crea que se trata de parientes que pongan obstáculo á la salvacion, oponiéndose á la entrada en religion. Se condena hasta las relaciones más inofensivas, porque son un lazo con el mundo: «Yo amo mucho á mis parientes, dice Saint-Cyran, pero creería cometer una gran falta si pasase una velada en conversacion con ellos, y acabaría por notar que se había enfriado en mí el Espíritu Santo, y que me sería imposible hacer oracion. Hace tres meses se encuentra en París uno de mis más próximos parientes: no he creído que me fuese licito dejarle venir á verme aquí una sola vez (en Vincennes, donde Saint-Cyran se hallaba detenido), porque no he visto en ello, á mi juicio, ni necesidad ni utilidad. (Ib., t. II, p. 549).

(2) COUSIN, *Jacqueline Pascal*, p. 348 y siguientes.

(3) FONTAINE, *Memorias*, t. I, p. XXVIII.

(4) SAINTE-BEUVE, *Port-Royal*, t. II, p. 171.

(5) JANSENIUS, *Augustinus*, t. II, p. 8.

un jansenista, es la realizacion y el fin de la idolatría..." (1).

¿Cuál es, pues, segun los jansenistas, la mision del hombre sobre esta tierra? Saint-Cyran nos lo dirá: "Toda la vida cristiana debe ser una vida de penitencia, ya se conserve la inocencia ó no, porque los restos del pecado que quedan despues del bautismo no pueden ser destruidos sino mediante la misma accion que destruye los pecados que se han cometido al violarlo..." (2). Fieles á estos preceptos, los solitarios de Port-Royal llevaban todos el cilicio; los más robustos se disciplinaban una y hasta tres veces por semana (3). Hay que oír á la hermana de Pascal la narracion de las torturas físicas de su ilustre hermano, para tener una idea de los excesos, mejor dicho, de la locura del ascetismo cristiano: "Las conversaciones en que muchas veces tenía que tomar parte, por más que todas versaban sobre la caridad, no dejaban de inspirarle algun temor de que pudieran encerrar algun peligro; pero como tampoco podía su conciencia negar auxilio á las personas que se lo pedían, había encontrado un medio para esto. Tomaba en tales ocasiones un cinturón de hierro lleno de puntas, y se lo aplicaba directamente sobre la carne; y cuando le asaltaba algun pensamiento de vanidad, se daba él mismo codazos para aumentar el dolor. Este sistema le pareció tan útil, que lo conservó hasta la muerte, hasta los últimos tiempos de su vida, en que padecía continuos dolores..." Se sienten impulsos de maldecir una doctrina que movió á un gran genio á destruirse por medio de estas torturas voluntarias. Pero *Pascal* mismo nos responde: "No me compadezcáis; la enfermedad es el estado natural de los cristianos, porque mediante ella estamos como deberíamos estar siempre, sufriendo males, privándonos de todos los bienes y de todos los placeres de los sentidos, exentos de todas las pasiones que trabajan durante todo el curso de la vida, esperando siempre la muerte..." Esto no es un arranque de un pensador tético; Pascal no hace más que repetir lo que decía San Bernardo, y los solitarios de Port-Royal ponían en práctica aquellas rudas lecciones: "Al paso que los hombres de mundo temen á las enfermedades,

(1) DE SACL, en FONTAINE, *Memorias para la historia de Port-Royal*, t. I, p. 258.

(2) SAINT-CYRAN, en ARNALDO D'ANDILLY, *Obras*, t. I, p. 22.

(3) FONTAINE, *Memorias para la historia de Port-Royal*, t. I, página XXIV.

los servidores de Dios hacen lo que pueden por caer enfermos... Si disfrutasen de una salud fuerte y vigorosa, apénas se crearían servidores de Dios..." (1).

Hé aquí los excesos á que conduce el espiritualismo cristiano: la vida no es más que un lento suicidio. Cualesquiera que sean los extravíos de la moral de los jesuitas, el principio de que parte es más verdadero que la doctrina jansenista. Loyola condena con razon el egoísmo de los que buscan su salvacion en la soledad, es decir, en la abdicacion de la verdadera vida; llama con razon á sus discípulos á una existencia activa, á una lucha de todos los instantes; les enseña con razon que el cristiano debe trabajar en su salvacion procurando la salvacion de sus semejantes. Pero tambien es preciso confesar que el jansenismo es el verdadero heredero del cristianismo primitivo. Compárense las máximas de los Padres del desierto, canonizados por la Iglesia; compárense las creencias y las prácticas de los santos de la Edad Media con la doctrina y la vida de Port-Royal, y se verá que son de la misma familia, que su fe es idéntica. San Antonio, San Bernardo y Pascal usan el mismo lenguaje y su vida es la misma. Con solo esto queda probado que los adversarios implacables de Port-Royal están fuera del cristianismo histórico. Siempre venimos á parar á la misma consecuencia: se ha efectuado una inmensa transformacion en el seno de la Iglesia, que se precia de su inmutabilidad como señal de su origen divino. Pero ¿cómo es que los jefes de una Iglesia que siente tan grande horror hácia todo lo nuevo, se decidieron á condenar á los representantes de la antigua tradicion y á dar la razon á los que la rechazaban?

## II.— El jansenismo condenado.— Nuevo cristianismo

Dos cristianismos se hallaban frente á frente: el cristianismo severo de San Agustin, que rebaja la naturaleza humana, que la rompe para arrojarla á los pies de la Cruz, sin dejarle más esperanza que la gracia de Dios, y el cristianismo de los jesuitas que tratan de acomodar el rigor del dogma ortodoxo á las necesidades y á los gustos de la sociedad moderna, y que facilitan todo lo posible la re-

(1) FONTAINE, *Memorias para la historia de Port-Royal*, t. II, página 33.